

Fragmento

LOS ASESINOS DEL EMPERADOR
SANTIAGO POSTEGUILLO



El ascenso de Trajano, el primer emperador hispano de la Historia

Santiago Posteguillo



Los asesinos del emperador

El ascenso de Trajano,
el primer emperador hispano
de la Historia

INFORMACIÓN IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Los asesinos del emperador transcurre durante un período de treinta y cinco años de la historia de Roma en el que se suceden hasta nueve emperadores diferentes. Al principio de cada libro de la novela aparece una tabla con el nombre del emperador o emperadores que gobiernan Roma en el período de esa sección de la novela destacado sobre los otros, a modo de guía para el lector. Así, por ejemplo, la tabla que sigue indicaría que el libro que encabeza transcurre durante el reinado de Domiciano:

NERO
GALBA
OTHO
VITELLIVS
VESPASIANVS
TITVS
DOMITIANVS
NERVA
TRAIANVS

También es importante que el lector tenga presente que al final del relato y en las guardas del libro se incluyen apéndices con mapas de Roma, del palacio imperial, de diferentes batallas y asedios, glosarios y otros anexos que pueden resultar un complemento relevante durante la lectura.

DRAMATIS PERSONAE

- Marco Ulpio Trajano**, *Imperator Caesar Augustus*
Pompeya Plotina, esposa de Trajano
Marco Ulpio Trajano, *legatus* y senador, padre de Trajano
Marcia, madre de Trajano
Ulpia Marciana, hermana de Trajano
Matidia mayor, sobrina de Trajano
Vibia Sabina, sobrina nieta de Trajano
Matidia menor, sobrina nieta de Trajano
Rupilia Faustina, sobrina nieta de Trajano
Publio Elio Adriano, sobrino segundo de Trajano
- Cneo Pompeyo Longino**, amigo personal de Trajano
Marco Cornelio Nigrino, padre, *legatus* y senador
Nigrino, hijo, tribuno
Lucio Quieto, decurión y tribuno
Manio Acilio Glabrión, tribuno, cónsul, amigo personal de Trajano
Sexto Attio Suburano, amigo del padre de Trajano
Lucio Licinio Sura, senador hispano
Marco Coceyo Nerva, *Imperator Caesar Augustus*
Rufo, amigo del padre de Trajano en Itálica
Cneo Julio Agrícola, *legatus*
Sexto Vettuleno Cerealis, *legatus*
Marco Tittio Frugi, *legatus*
Aulo Larcio Lépidio, *legatus*
Tetio Juliano, *legatus*
- Aulo**, pretoriano

Tiberio Claudio Máximo, legionario
Décimo, centurión

Vetus, el bibliotecario del *Porticus Octaviae*
Secundo, librero

Tito Flavio Sabino Vespasiano, *Imperator Caesar Augustus*

Antonia Cenis, concubina de Vespasiano

Tito Flavio Sabino Vespasiano, conocido como Tito, *Imperator Caesar Augustus*

Flavia Julia, hija de Tito

Berenice, concubina de Tito

Tito Flavio Domiciano, *Imperator Caesar Augustus*

Domicia Longina, esposa de Domiciano

Cneo Domicio Corbulón, padre de Domicia Longina, *legatus*

Casia Longina, madre de Domicia Longina

Domicia Córbula, hermana de Domicia Longina

Paris, actor

Lucio Elio Lamia, primer marido de Domicia Longina

Flavio Sabino, hermano de Vespasiano

Flavio Clemente, primo de Tito y de Domiciano

Flavia Domitila III, esposa de Flavio Clemente

Dos niños, hijos de Flavio Clemente y Flavia Domitila III

Nerón Claudio Germánico, *Imperator Caesar Augustus*

Servio Sulpicio Galba, *Imperator Caesar Augustus*

Marco Salvio Otho, *Imperator Caesar Augustus*

Aulo Vitelio Germánico, *Imperator Caesar Augustus*

Partenio, liberto y consejero imperial

Máximo, liberto al servicio de la familia imperial

Estéfano, liberto al servicio de la familia imperial

Cornelio Fusco, jefe del pretorio

Casperio Eliano, jefe del pretorio

Lucio Antonio Saturnino, gobernador de Germania Superior,
legatus

Lapio Máximo, gobernador de Germania Inferior

Norbano, procurador de Raetia y jefe del pretorio
Petronio Segundo, jefe del pretorio

Simón bar Giora, líder de los sicarios judíos
Eleazar ben Jair, segundo de Simón bar Giora
Gischala, líder de los zelotes judíos

Douras, rey de la Dacia
Decébal, noble de la Dacia
Diegis, noble de la Dacia
Vezinas, noble de la Dacia
Bacilis, sumo sacerdote de la Dacia
Dochia, hermana de Decébal

Dos príncipes de los catos, jefes tribales de Germania

Marcio, gladiador, *mirmillo*
Atilio, gladiador, *provocator*
Cayo, *lanista*
Spurius, un veterano *sagittarius*
Un gladiador tracio de Pérgamo
Un samnita
Un provocator
Un sagittarius joven
Un joven tracio

Alana, guerrera sármata, *gladiatrix*
Tamura, guerrera sármata, hermana de Alana
Dadagos, guerrero sármata

Cachorro, un perro de raza *molussus*

Nonio, uno de los *andabatae*
Carpophorus, *bestiarius*

Rabirius, arquitecto
Apolodoro de Damasco, arquitecto

Póstumo, *curator* de las cloacas de Roma

Estacio, poeta
Claudia, esposa de Estacio
Numerius, esclavo de Estacio

Plinio el Viejo, senador
Plinio el Joven, senador
Celso, senador
Palma, senador
Verginio Rufo, senador

Juan, discípulo de Cristo
Basilides, sacerdote del santuario del Monte Carmelo

PROOEMIUM

Hic sapientia est. Qui habet intellectum, computet humerum bestiae. Numerum enim hominis est: et numerus eius sexcenti sexaginta sex.

[Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia que calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis.]²

SAN JUAN. Apocalipsis, 13-18.

Son muchas las palabras vertidas para identificar a quién hacía referencia san Juan con el número 666. Muchos aceptan que el apóstol se refería con gran probabilidad a alguno de los emperadores de Roma, seguramente a Nerón, quien inició las terribles persecuciones contra los primeros cristianos. Sin embargo, hay otros que apuntan que, teniendo en cuenta cuándo se escribió el Apocalipsis, san Juan debía de estar identificando a la bestia de su gran profecía con Tito Flavio Domiciano, un emperador menos conocido que Nerón, pero si cabe tan o más terrible y oscuro, no sólo para los cristianos sino para los propios romanos, hasta el punto de pesar sobre él una de las más solemnes *damnatio memoriae* emitidas por el Senado de Roma. Pero para comprender el sentido del reinado de Domiciano es necesario narrar el conjunto de acontecimientos que dieron lugar al nacimiento y derrumbe de la dinastía Flavia, la saga de emperadores que sucedió a la dinastía Julio-Claudia.

La historia de la dinastía Flavia no es sólo impresionante por

2. Las traducciones de los diferentes fragmentos del Apocalipsis son del autor a partir de la versión bilingüe de la Santa Biblia en su edición de 1854. Ver bibliografía.

sí misma, sino por un suceso aún más singular: porque bajo el gobierno de los emperadores Flavios una pequeña familia de la provincia hispana de Baetica fue creciendo en fama y poder dentro del magno Imperio romano. Se trata de la rama de la familia Ulpia, originarios de Itálica, pero que han pasado a la Historia más conocidos por su *cognomen*: *Traianus*. De todos ellos, el más famoso e importante, sin duda alguna, fue Marco Ulpio Trajano, sobresaliente por muchas razones, algunas conocidas y otras no tanto: Trajano fue el primer emperador no originario ni de Roma ni de Italia, el primer emperador procedente de una provincia del Imperio, algo completamente inaudito. Este relato intenta dar respuesta a una de las grandes preguntas de la Historia: ¿por qué Roma eligió a un emperador no nacido en Roma? ¿Qué ocurrió para que eso pasara y, más aún, para que ese hecho fuera aceptado por el propio Senado de Roma?

Trajano, más allá de su origen, es conocido sobre todo por conducir al Imperio a sus máximas cotas de poder tras impresionantes hazañas militares de conquista y romanización. Lo que no se suele conocer tanto es la que puede que sea su heroicidad más valiosa, su acto más excelso en medio de la tempestuosa Roma de finales del siglo I de nuestra era: la capacidad de Trajano para sobrevivir al reinado de Tito Flavio Domiciano, un emperador dispuesto siempre a condenar a muerte a cualquiera que destacara en el ejército o en la política. Resulta en gran medida paradójico, pero una de las más brillantes hazañas de Marco Ulpio Trajano fue precisamente aprender a pasar desapercibido en un mundo donde había que evitar a toda costa que la mirada del emperador se detuviera sobre tu persona. Ésta es la historia del advenimiento y apocalipsis de una dinastía de emperadores romanos que se autodestruyó, la de un *legatus* en la sombra que vigilaba las fronteras de un imperio que se deshacía en pedazos y el principio de un sueño que sólo un hombre, Trajano, alcanzaba a vislumbrar en un horizonte que se había teñido de desesperación. Modificar el curso de la Historia es prácticamente imposible. Sólo unos pocos se atreven a intentarlo y sólo uno entre millones, siempre de forma inesperada para todos, es capaz de conseguirlo. Bienvenidos al mundo de Marco Ulpio Trajano.

Libro I
UN PLAN PERFECTO

NERO
GALBA
OTHO
VITELLIUS
VESPASIANVS
TITVS
DOMITIANVS
NERVA
TRAIANVS

Año 96 d. C.
(850 *ab urbe condita*, desde la fundación de Roma)

Inimicum ulcisci vitam accipere est alteram.

[Vengarse del enemigo es recibir una segunda vida.]

PUBLILIUS SYRUS

EL GUARDIÁN DEL RIN

Moguntiacum,³ Germania Superior

18 de julio de 96 d. C., *cuarta vigilia*

**Dos meses antes del día marcado para el asesinato
del emperador Domiciano**

—No se puede matar al emperador de Roma —les respondió Trajano, pero los senadores apretaban los dientes y callaban. Marco Ulpio Trajano, gobernador de Germania, leyó el miedo en el rostro de aquellos senadores y comprendió que la decisión ya estaba tomada. Nada ni nadie podría detenerlos. Caminaban hacia su destrucción, pues la guardia pretoriana era invencible, y Roma entera navegaba a la deriva hacia una guerra civil inexorable, y él estaba en medio y no podía hacer nada. No podía hacer nada.

Trajano los miró fijamente. Sabía que nada de lo que dijera podía importarles más allá de la pregunta que le habían formulado, pero tenía que intentarlo. Al menos debía intentar frenar aquella locura, aunque fuera imposible, pues era evidente que aquellos patricios sólo querían saber de qué lado estaba. Si la conjura fallaba, los senadores eran hombres muertos. Estaban apostando sus vidas, por eso para ellos una guerra civil era sólo un mal menor. No sabían, no entendían, no llevaban años en la frontera como él. Les faltaba perspectiva. Y es que si había algo que Roma no podía permitirse era una nueva guerra civil entre sus legiones. Caminaban sobre el filo de una navaja y ellos, ciegos a los ataques de los germanos, los dacios o los partos, sólo querían saber de qué lado estaba él: si

3. Maguncia, en alemán Mainz, capital actual del estado de Renania-Palatinado.

a favor o contra Domiciano. Se olvidaban de todo lo demás, como si no existiera. Pero existía. El mundo se convulsionaba en las fronteras del Imperio, pero ellos estaban aturridos por el horror que emergía desde el mismísimo palacio del emperador. Entre los unos y los otros, sólo Trajano parecía tener tomada una medida razonable sobre lo que se estaba decidiendo. En el exterior del edificio del *praetorium* la lluvia de Germania arreciaba con fuerza inclemente. Trajano se sintió solo, infinitamente solo. Al fin, el *legatus* al mando de las legiones del Rin se levantó y encaró aquellos rostros con la firmeza de quien sabe que lo más importante siempre está por encima de las consideraciones personales.

—Mi familia siempre ha sido leal al emperador. Mi familia siempre ha sido leal a la dinastía Flavia. —Un breve silencio y pronunció sus últimas palabras confundiendo sus sílabas con el estruendo de un gran trueno—. Seré leal a Domiciano.

Lucio Licinio Sura se adelantó entonces a los otros dos senadores dispuesto a tomar la palabra. Su mente activada al máximo buscaba una forma de persuadir a aquel *legatus*. Trajano era un general poderoso, y si se alineaba con el emperador o con los que quisieran vengar su muerte, suponiendo que el plan de asesinarlo saliera bien al fin, eso conduciría a la guerra. Sura tenía la intuición de que Trajano temía precisamente eso, la guerra civil, y estaba convencido de que su negativa a cooperar era más por ese temor —la contienda conllevaría el debilitamiento de las fronteras, quizá el desmoronamiento del Imperio— que por apego real a Domiciano. Pero Trajano, que llevaba años en las fronteras, desconocía la magnitud del horror de los últimos años del gobierno de Domiciano. Lucio Licinio Sura habló con voz contenida pero con el ansia que produce la necesidad.

—Todo el mundo sabe que los Trajano han sido, son y serán leales servidores del emperador de Roma. La cuestión es saber cómo reaccionará el gran *legatus* Trajano si..., por todos los dioses, si algo le pasara al emperador de Roma... si éste muriera. En ese caso... ¿qué haría Trajano?

Se podía decir con más palabras, pero no con más claridad. Ante cualquier otro, Trajano se habría levantado indig-

nado de su *sella* y habría abandonado el edificio del *praetorium* de Moguntiacum, capital de Germania Superior, pero ante Lucio Licinio Sura no. Licinio Sura era hispano como él, uno de los senadores más influyentes de Roma, esto es, entre los senadores no romanos, es decir, influyente hasta cierto punto, pues podía aspirar como poseedor de la ciudadanía romana a casi todo, incluso a cónsul, como ya había sido hacía unos años, pero nunca a emperador. Licinio, en consecuencia, por su nacimiento hispano, como Trajano, compartía esa limitación con el propio general interrogado: podían serlo todo menos emperador. Así, en la pregunta de Licinio no había una ambición personal, sino un deseo sincero por saber si Trajano estaba dispuesto, o no, a alinearse con aquellos senadores que pudieran decidirse a vengar la muerte del emperador, si conseguían esquivar a la guardia imperial, o con los prefectos del pretorio, aún si cabe más peligrosos y ávidos de sangre.

Trajano tragó saliva en silencio. Sabía que habían enviado a Lucio Licinio porque era hispano como él, porque pensaban que entre hispanos se entenderían. Trajano respetaba a Licinio. En eso habían estado acertados en el Senado, pero de ahí a sumarse a una conjura para asesinar al emperador Domiciano, por muy loco que éste pudiera estar, había un gran camino que recorrer, un camino muy peligroso en el que Trajano no estaba dispuesto a adentrarse. Él, como Licinio, compartía la preocupación por la debilidad de las fronteras de Germania, del Danubio y de Oriente y, como Licinio, sabía que si él, Trajano, o Nigrino en Oriente o algún otro *legatus* en cualquier esquina del Imperio, iniciaba una rebelión tras un posible asesinato del emperador Domiciano, las legiones tendrían que abandonar las fronteras para una guerra civil sin cuartel y que entonces tanto los catos en Germania como muy en particular el rey Decéballo de la Dacia⁴ se lanzarían sobre las posesiones de Roma en la Galia, Dalmacia y Moesia, para empezar. Decéballo era especialmente mortífero y podría apropiarse de una vasta extensión del Imperio romano y afianzarse; luego, si alguna vez concluía la guerra civil entre las le-

4. Aproximadamente la actual Rumanía.

giones de Roma, sería ya imbatible y no se podría recuperar el terreno perdido. Trajano ponderaba todo esto cuando uno de los médicos que cuidaban a su padre entró en el edificio escoltado por el tribuno Longino. Fue este último, un tribuno con un brazo tullido que los senadores imaginaron herido en alguna acción de guerra, el que se atrevió a hablar interrumpiendo aquella tensa reunión al poner palabras al silencio frío del médico.

—Tu padre está peor —dijo Longino.

Marco Ulpio Trajano se levantó de su asiento y, sin decir nada, salió del *praetorium* sin mirar a nadie, escoltado por un atribulado médico y por el propio Longino.

Los tres senadores se quedaron a solas en el *praetorium*. En el exterior la lluvia se estrellaba contra el suelo del norte del Imperio. Germania era para todos ellos, provenientes de Tarraco y del sur de la Galia, un lugar frío y desolado. Licinio Sura era un hombre paciente y pragmático. Aún no habían recibido una respuesta a la pregunta que habían realizado.

—Esperaremos —dijo Lucio Licinio Sura—. Esperaremos a que regrese.

Domus Flavia, Roma**18 de julio de 96 d. C., hora prima**

Domicia Longina se despertó por la caricia áspera del emperador. Como durante los últimos días, fingió no sentir la mano fría del dueño del mundo y esperó que la diosa Fortuna se aliara con ella y que el emperador desistiera en despertarla. Así fue. En cuanto Domicia percibió que las pisadas cada vez más débiles del emperador se alejaban en dirección al gran pasadizo que daba acceso a las grandes estancias públicas de la *Domus Flavia*, la emperatriz de Roma abrió los ojos. Domicia Longina permaneció así, echada de costado, inmóvil, respirando con miedo a que el emperador hubiera olvidado algo y regresara al lecho de su cámara privada. Después de todo lo que había ocurrido aún le sorprendía que, ocasionalmente, el emperador quisiera pasar una noche con ella. Pero lo tenía claro: era una forma más de decirle que la poseía por completo, ya fuera para yacer con ella, como aquella noche o, como era más frecuente en los últimos tiempos, para despreciarla.

Con los oídos atentos, recostada de espaldas a la puerta del dormitorio, repasaba su existencia y, como tantos otros días, le sobrevino una arcada que la hizo contorsionarse de forma abrupta. Pero el vómito se quedó a las puertas de la garganta y sólo sintió el hedor de los efluvios rabiosos de tanta ira contenida, a veces oculta, sin emerger, otras veces patente en su rostro, en sus palabras, en sus acciones, pero siempre controlada. Era la hija de Cneo Domicio Corbulón, uno de los mayores generales de la Roma reciente, el conquistador de Armenia, el que doblegó la fortaleza de Artaxata, que según contaban había construido el propio Aníbal en tiempos ya tan

remotos que parecían pertenecer a otro mundo. Sí, su padre destronó a reyes en Oriente y entronizó a otros en Partia, tras batallas épicas durante el reinado de Nerón. Esas heroicidades le costaron a su padre la envidia y el rencor del último emperador de la dinastía Julio-Claudia: Nerón llamó a Corbulón en cuanto recuperó la paz en Oriente tras controlar Armenia y obligar a los partos a aceptar una paz que los humillaba política y militarmente. Sí, aquellas hazañas hicieron que el emperador Nerón llamara a su padre a Roma, pero éste no llegó nunca más allá de Grecia. En cuanto desembarcó en Corinto, los pretorianos lo recibieron con un mensaje terrible: atemorizado como estaba Nerón de la popularidad creciente de Corbulón, le ordenaba suicidarse allí mismo; si lo hacía su familia sería perdonada y respetada, y así se salvaría ella, la propia Domicia; si se negaba, sería ejecutado y después sería ejecutada toda su familia. Domicia Longina cerró los ojos.

Cuando tenía quince años un mensajero entró en su antigua *domus* y notificó con la frialdad habitual de los informes imperiales que su padre había muerto. Tardarían meses en saber qué era lo que había ocurrido exactamente, y para cuando lo supieron el propio Nerón había muerto y todo el Imperio estaba sumido en la más fratricida de las guerras civiles, que supondría el final del gobierno de la dinastía Julio-Claudia. Pero todo eso era el pasado. Un pasado que Domicia, cuando lo vivió, pensó que no podía ser más terrible, pero ahora, a sus cuarenta y seis años, tras quince como emperatriz, casada con el más cruel de los gobernantes, con su hijo muerto, con su amor auténtico perdido, arrancado, desgarrado, con el recuerdo de todos los incestos, traiciones, asesinatos y crímenes fraguados entre las paredes de aquella gigantesca *Domus Flavia*, palacio imperial para el pueblo, una gran prisión para ella, ahora comprendía que la injusta muerte de su padre sólo era el principio de una larga noche de terror que debía acompañarla durante toda su existencia. Las arcadas volvieron y esta vez sí llegaron a su destino final: el vómito, como tantas otras mañanas, cayó sobre el mármol del suelo de su cámara. Una esclava bien entrenada reconoció el sonido del sufrimiento de su ama y apareció enseguida bien pertre-

chada, por la fuerza de la costumbre, y con una bacinilla de agua clara y varios paños limpios ayudó a asearse a la emperatriz de Roma. En cuanto ésta se encontró algo mejor, la mujer se arrodilló a sus pies para limpiar con rapidez las babas y la bilis, echando perfume de un pequeño frasco que llevaba en la bacinilla para intentar mitigar el mal olor.

—No va a volver, mi ama —dijo sin tan siquiera alzar el rostro. La emperatriz asintió sin decir nada. Eran años de servidumbre los de aquella madura esclava; años de lealtad. Domicia agradeció las explicaciones de la esclava que se compadecía de la emperatriz de Roma—. Le he visto alejarse en dirección al *Aula Regia*.

—Muy bien, muy bien, por todos los dioses —dijo Domicia aún turbada; no podía aceptar la humillación adicional de recibir la compasión de una esclava—. Es suficiente. Deja esto y trae los aderezos para el pelo. Si he de salir en público que el pueblo me vea elegante. El pueblo es lo único que me queda.

Y así era. El pueblo de Roma adoraba a su emperatriz, de una forma tal que incluso cuando ésta cayó en desgracia ante los ojos de Domiciano, como tantas otras personas, el emperador que se atrevía a sojuzgar a cualquier *legatus*, o a senadores o cónsules, se vio obligado a controlarse para no enemistarse con parte del pueblo. Sí, Domicia se sabía intocable, intocable durante mucho tiempo, pero ¿hasta cuándo? La locura del emperador crecía y ya no tenía límites. Pronto sería su turno. Lo esperaba con la paciencia del cordero que va a ser degollado en una ofrenda a los dioses, y durante los últimos meses había decidido esperar su sacrificio sin hacer nada más que vestirse de forma impecable y ser paseada, exhibida ante un pueblo al que sólo le importaba que hubiera trigo, juegos con gladiadores y mucha sangre, cuanta más mejor, en el gigantesco anfiteatro Flavio, y que los *legati* se ocuparan tan sólo de vigilar las fronteras para que su mundo de sangre y placeres no se trastocara un ápice. Al pueblo, por un lado, no le importaba si el emperador masacraba a todos los senadores de Roma y, por otro, era incapaz de ver la debilidad en la que estaban quedando las fronteras del Rin y del Danubio. Sólo tenían ojos, y oídos y manos y voz para ver, escuchar, saludar y aclam-

mar a los gladiadores del anfiteatro. El resto del mundo no les preocupaba, ni lo que pasara en las fronteras de Roma ni lo que ocurriera dentro de las paredes de la *Domus Flavia*. Pero un día, Domicia detectó de nuevo esa mirada de lascivia irrefrenable en las pupilas aburridas de muerte del emperador de Roma. La nueva víctima seleccionada iba a ser Flavia Domitila III quien, con sus hermosos veinticinco años, se mostraba demasiado irresistible ante un emperador para quien el parentesco nunca había sido una barrera para sus anhelos más instintivos. Ni el hecho de que estuviera casada y tuviera hijos. Todas esas cosas tenían solución en la tortuosa mente del emperador. Ese día Domicia Longina decidió que tenía no ya sólo el derecho sino la obligación de hacer algo más que permanecer quieta y asistir de nuevo a otro trágico episodio de desgarró moral y personal de una joven de la familia imperial. No podía permitir que la historia de Flavia Julia se repitiera de nuevo. Domicia Longina, emperatriz de Roma, inspiró con profundidad y, cuando la esclava retornó con otras dos jóvenes siervas, dos *ornatrices*, para limpiar su faz con albayalde blanco para rejuvenecer sus facciones ajadas por los años y los sufrimientos, aderezarle el pelo y limpiarle brazos y piernas, se mostró contundente, decidida.

—Ve a Partenio y dile que quiero verle. Que venga de inmediato.

—Sí, mi ama —respondió la esclava más madura, y salió de la cámara de la emperatriz con rapidez y sigilo mientras Domicia Longina era asistida por otras dos jóvenes esclavas que la ayudaban con la *stola*.